

baterías. La partida no era igual: corrían los invasores á una ruina inevitable, empeñándose en seguir adelante con la empresa. Tuvieron, pues, que retroceder del mejor modo que pudieron, pues los vecinos, percibiéndolos en retirada, trataron de facilitársela sin cometer con ellos mas hostilidades.

Esta famosa jornada, conocida en la historia con el nombre de Jornada de las Barricadas, no fué muy sangrienta, como se deja ver por este relato tan conciso; mas fué un triunfo para el pueblo de París, un triunfo para la santa liga, un triunfo sin igual para el duque de Guisa, que se atrevió á medirse frente á frente con el rey de Francia. Contemplaba éste desde el Louvre con todos los sentimientos de tristeza, de la indignacion mas viva, este desaire de su autoridad, esta victoria de sus encarnizados enemigos. ¿Qué le restaba que hacer en tan triste coyuntura? ¿Permanecería en París, donde se hallaba su cetro destrozado? ¿Aguardaría en el Louvre que viniesen á sitiarse é imponerle mas duras condiciones? Consistía, pues, su salvacion en alejarse de París: así lo hizo en efecto al dia siguiente, dirigiéndose á Chartres con la reina madre y sus fieles servidores.

Tocaba el drama ya á su desenlace; mas por ahora volveremos á otro de no menos interés, y en que tambien hacia papel el rey de España.

## CAPITULO LX.

Asuntos de Inglaterra y de Escocia.--Regencia del conde de Morton en este último país.--Mayoría de Jacobo IV.--Proceso y suplicio de Morton.--Situacion de Inglaterra.--Expediciones de sir Francisco Drake sobre varias posesiones españolas de esta y la otra parte de los mares.--Implicacion de Babington.--Implicacion de María Estuarda.--Proceso de esta reina.--Esccondenada á muerte.--Su suplicio.--Su carácter (1).

1577—1587.

Los negocios de Escocia y de Inglaterra se hallan tan estrechamente unidos casi en todo el reinado de Isabel, que apenas se pueden tratar por separado. Era tal la influencia y hasta la preponderancia que ejercía esta reina en el primero de los dos países, que casi puede decirse dominaba en ambos. Venía ya esta prepotencia desde muy antiguo, y en todas las épocas, á pesar del odio nacional que mutuamente se profesaban ambos pueblos, siempre se hacia sentir en el escocés el ascendiente del vecino. Fomentó Enrique VIII los disturbios religiosos que comenzaron á agitar la Escocia en el reinado de Jacobo V, ó por mejor decir, protegió en cuanto pudo al partido reformista. Igual conducta observó el protector del reino duque de Somerset, durante la minoría de Eduardo VI, y la misma fué la clave de la política de Isabel durante todos estos choques.

Ya hemos visto sus muchos y poderosos motivos para mezclarse en los asuntos de aquel reino, y la influencia preponderante de su voz en las contiendas y hasta guerras declaradas entre los partidarios de María y los adictos

(1) Las mismas autoridades que en el capítulo XLII.



á las nuevas doctrinas religiosas. ¡Feliz el que de estos litigantes encontraba mas favor á los ojos de la que se erigia nada menos que en juez suyo! Cupo este favor, al que mejor representaba los intereses de Isabel, al jefe del partido protestante. Quedó al fin vencedor este preponderante en Escocia, y solo perdonados y vueltos á la posesion de sus haciendas los que habian ejercido hostilidades contra el rey Jacobo, tomando la defensa de la madre. Los principales considerados como jefes de rebeldes, por no haber querido dejar las armas durante las negociaciones, expiaron su obstinacion en un suplicio, y en el territorio inglés donde estaban presos. Así quedó por entonces triunfante en Escocia el pronunciamiento contra la antigua fé; el pronunciamiento contra la reina, cuyo mayor crimen á los ojos de sus súbditos, era acaso su constante adhesion á esta fé, que se presentaba con el color político de obediencia ciega y de dependencia de la Francia.

Bajo estos auspicios inauguró su regencia el conde de Morton, sucesor, como hemos visto, de los de Murray y de Lenox, asesinado aquel y muerto éste en medio de sus mas activas diligencias para asegurar la paz del reino. Era Morton un hombre activo, emprendedor, hábil en la guerra, entendido en los negocios, de genio turbulento, de carácter duro, que se habia mezclado en todas las revueltas; hombre, en fin, de aquellos tiempos. Estaba, ó habia quedado en la apariencia, pacifico el pais; mas ni habia bastante vigor en las leyes, ni bastante energía y prestigio en los que gobernaban para reducir al silencio tantas pasiones agitadas, tantos intereses que mutuamente se excluian, tantas ambiciones defraudadas, tantos gritos de amor propio herido con el reciente vencimiento. Habia venido muy á menos el partido de María; mas estaba vivo tanto en Escocia como en Inglaterra, siendo objeto de gran atencion que una reina presa en manos de otra, fuese el alma y el jefe del partido numeroso que política y religiosamente aspiraba á la destruc-

cion de la segunda. Las mismas pugnas de que eran teatro Francia, los Países-Bajos y otras regiones de Europa, tenian lugar en Escocia y en Inglaterra, con la diferencia de que en este último pais, donde se sentia mas de cerca la mano firme de Isabel, se gozaba de cierta tranquilidad, mientras que en el otro se presentaba el fuego de la discordia con toda su energía, y en ciertos casos con todos sus furores.

Nosotros no escribimos la historia de Inglaterra ni de Escocia; solo hablamos de los países extranjeros en lo que tiene relacion con la del nuestro, y sobre todo del rey de España, objeto de este escrito. Las relaciones que existian entre Felipe II y los católicos de Francia, tenian lugar entre los de Inglaterra y de Escocia y María Estuarda, que representaba un partido político al mismo tiempo que un partido religioso. Eran unas mismas las ideas, las aspiraciones, el exclusivismo, la intolerancia política y religiosa que influian en la conducta de unos y otros.

Se atrajo Morton en Escocia muchos odios y rivalidades por su carácter duro y poco conciliador en aquellos tiempos de revueltas. Con gran celo se aplicó á reparar los infinitos desórdenes que aquejaban al pais; mas perdió todo el mérito de este servicio por la avaricia de que se le acusaba, llegando hasta exigir multas por crímenes imaginarios y disminuir el peso de la moneda, conservando esta el mismo precio. Se hallaban algunos nobles disgustados de su administracion, y por otra parte no estaba el clero satisfecho, pugnando siempre por destruir en un todo lo poco que del orden episcopal se conservaba. Hervia el reino en delatores y en denuncias, y las gracias y favores del gobierno se distribuian con aquella parcialidad tan inevitable en choques de partidos, no siendo pocos los que se conferian al que mas generosamente los pagaba.

Salia el rey de su estado de menor, y se hallaba muy cerca de empuñar las riendas del gobierno. A este astro



que se levantaba se volvieron, como es natural, todos los descontentos contra el regente. No fué difícil sembrar en aquel jóven corazon desconfianza del poderío y designios del que entonces gobernaba. Con la pintura de su poder tiránico, le hicieron creer que aspiraba á destronarle, ó al menos á prolongar su minoría. No son nunca sordos los reyes á insinuaciones de esta clase, y desde entonces Jacobo miró con malos ojos al regente. Noticioso éste de la tempestad que le amenazaba, viéndose abandonado de muchos nobles y objeto de la irritacion y rencor de otros, renunció á su cargo y pasó á una condicion privada. Mas pronto concluyó el triunfo de sus enemigos. El ex-regente que expiaba desde su retiro todos sus movimientos, halló coyuntura de volver á la antigua autoridad que ejerció con mas rigor que nunca, provocando nuevos odios y creando elementos de vengarse. Y aunque redujo por entonces á sus enemigos al silencio, se mantenian vivos los resentimientos, cuando habiendo llegado el rey á su mayoría, comenzó á reinar efectivamente por sí mismo.

Habia sido educado este principe con bastante negligencia. No le faltaba instruccion de cierta clase; pero no de la que mas necesitaba. Formó desde un principio de sus prerogativas como rey, una idea mas alta que las circunstancias é indole de su gobierno permitia. En oposicion de estas ideas elevadas se hallaba su carácter irresoluto y hasta tímido. Con un monarca de este temple era muy fácil la privanza, y así el jóven rey de Escocia manifestaba hácia sus favoritos una debilidad que fué el carácter distintivo de todo su reinado.

Se aprovecharon de esta circunstancia los enemigos del ex-regente Morton y trataron de hacer revivir las activas acusaciones de que habia sido objeto, es decir, de complicidad en el asesinato del último monarca, padre de Jacobo. Fué Morton preso y encausado por este delito. La historia no ha podido poner en claro la parte que tomó al efecto el ex-regente en atentado tan horrible. Que tenia noticias de él, es un hecho positivo y confesado por

él mismo; mas negando siempre que de su perpetracion le tocara cosa alguna. Estrechado y reconvenido por que habiendo tenido noticia de tan negro plan, no le habia revelado, respondió que le habia sido imposible por la circunstancia de las personas á quienes hubiera debido descubrirlo; que el rey asesinado era un hombre sin carácter, sin prudencia, capaz de comprometerle sin ninguna utilidad, y que la reina siendo cómplice del mismo crimen, no podia sacar utilidad de una noticia, de que estaba demasiado ya bien informada.

A pesar de estas aclaraciones que parecen tan plausibles, á pesar de que no pudo ponerse en claro la complicidad de que se le acusaba, fué condenado Morton á perder su cabeza en un cadalso. Oyó el reo su sentencia con la firmeza de un hombre de valor que en tiempos de revueltas está familiarizado á todas las vicisitudes de la suerte. Con igual serenidad se mantuvo todo el tiempo que medió entre la comunicacion y ejecucion de la sentencia. Arregló sus negocios con tranquilidad, conversó con familiaridad con sus amigos y ministros de su religion que le asistian en tan duro trance; cenó con apetito, durmió profundamente; con planta firme se encaminó al cadalso. No omitiremos la circunstancia de que el instrumento de su suplicio fué una especie de guillotina inventada por él mismo, y que habia hecho venir de Carlisle en Inglaterra. Así este aparato que hizo tanto ruido en nuestros tiempos como invencion moderna de la época, es de fecha mucho mas antigua.

No calmó esta muerte el furor de los partidos. En ningun pais de Europa se hacian sentir mas los desórdenes que siguen á una guerra civil, que en el de Escocia. La mayoría del rey nada habia remediado en el particular, como sucede siempre cuando el que manda se halla destinado por la naturaleza á ser por otros gobernado. Era juguete de las pasiones y caprichos de su favorito el rey de Escocia, mientras la mujer que mandaba en Inglaterra lo avasallaba todo con el ascendiente de su genio.



Muchos de los disturbios de Escocia eran obra de las intrigas de esta reina, cuya política era la de dividir, á fin de dominar mas fácilmente. Conocidamente los rivales y enemigos de los privados y favoritos del rey obraban por sus instigaciones, cuando vieron el paso atrevidísimo de apoderarse de la persona de Jacobo y de tenerle en su poder cautivo, á pesar de que no le escaseaban las demostraciones de respeto. Tuvo este arrojado la aprobacion del cuerpo eclesiástico, y muchas corporaciones respetables del estado; tan poco popular era el rey, tan escaso el crédito de que gozaba. Mas por la mediacion del embajador de Francia y aun de la Inglaterra, no fué su suerte tan dura como todos aguardaban. Al fin pudo evadirse Jacobo de tan estrecha prision y recobrar su antigua autoridad con grandísimo contento suyo. Se verificó una verdadera reaccion en el manejo de los negocios y ejercicio del poder: sin embargo, los conspiradores que se habian apoderado de la persona del rey no fueron castigados, gracias á la mediacion de la reina de Inglaterra.

Florece mientras tanto este pais bajo los auspicios y vigilancia de una reina hábil y entendida, rodeada de consejeros que sabia escoger y que con el mayor celo correspondian en todo á su confianza. Con la agricultura marchaban las artes, con las artes el comercio, á que deben su grande desarrollo. Fué una de las primeras atenciones del gobierno de la reina hacer de la Inglaterra una gran potencia marítima, segun estaba llamada á ello por la situacion y mas circunstancias de su suelo. Eran en aquella sazón superiores en esto los flamencos y sobre todo los holandeses, despues que sacudieron el yugo de Felipe; mas se preparaba la Inglaterra á tomar la preponderancia marítima que desde principios del siglo XVII conserva sin interrupcion hasta estos dias. Eran entonces objetos de gran codicia las ricas é inmensas posesiones que en el otro hemisferio habian conquistado nuestros navegantes y guerreros, y no fueron estas adquisiciones lo que menos influia en el odio que á nuestros reyes profesaban

á la sazón los extranjeros. El vivo deseo de entrar á la parte del despojo, formaba intrépidos marinos, que unas veces por su propia cuenta, y otras protegidos abiertamente por su gobierno recorrian las costas de aquellos paises, y ora haciendo desembarcos, ora atacando nuestros propios buques llenos de oro y mercancías, volvian á sus casas llenos de botin, inflamando los ánimos para empresas nuevas. Se echa de ver la proteccion que daria la reina Isabel á semejantes expediciones que, redundando en el enriquecimiento de sus propios súbditos, causaban tantos daños á los del rey que aborrecia. Descollaba entre estos aventureros Francisco Drake, que de la condicion de simple marinero se habia elevado por sí mismo á la de un jefe entendido en todas las cosas de mar, cuyo valor é intrepidez hacian su nombre ya famoso. En 1577 salió del puerto de Plymouth, al frente de una expedicion que tenia por objeto recorrer las costas australes de la América. Llegó con ella á la entrada del estrecho de Magallanes, y habiéndole pasado sin contratiempo alguno, continuó su curso por el mar Pacífico. Atacó en las costas de Chile muchos buques españoles que apresó haciéndose con un botin considerable. Temeroso de volverse por el mismo camino, continuó su curso hácia el norte creyendo que por el extremo septentrional del América encontraría tal vez un paso para volver al mar Atlántico. Defraudado de esta esperanza torció su curso hácia el poniente, llegó á los mares de la India, dobló el cabo de Buena-Esperanza y volvió á su pais, siendo el primer inglés á quien cupo la gloria de dar la vuelta al mundo. Continuó su vida aventurera haciendo varias escursiones por su cuenta hasta últimos de 1585, en que determinada ya Isabel á no guardar consideraciones con el rey de España, le puso á la cabeza de una escuadrilla de diez y ocho buques, destinados á tomar las naves de la India. Llegó con ellos á la boca del Miño y por medio de un desembarco en las inmediaciones de Bayona de Galicia, hizo correrías en el pais robando muchísimo ga-



nado. Mas el gobernador de la plaza don Luis Sarmiento juntó inmediatamente la gente de que pudo disponer, y con los paisanos armados de las inmediaciones dió sobre los ingleses que á duras penas se volvieron á sus buques, dejándose atrás los ganados y demas efectos de que habian hecho presa. Levó anclas el comandante inglés y se dirigió á las Canarias, donde encontrando la gente apercebida no fué mas feliz que delante de Bayona. Pasó despues á las islas del Cabo-Verde, posesion portuguesa donde mandaba á la sazón como en todas las demas el rey de España. Desembarcó en la de Santiago, la entró á sacó, y se marchó cargado de botin sin pérdida ninguna. Dirigió despues su rumbo á las Antillas: se presentó delante de Santo Domingo en enero de 1586; desembarcó junto á la ciudad de este nombre, y entró en ella sin ninguna resistencia. Se apoderó de los pocos buques que estaban en el puerto, saqueó ochenta casas y amenazó entregar al fuego la ciudad si los habitantes no la rescataban. Se le dieron, para que no llevase adelante su propósito, veinte y cinco mil ducados y en seguida abandonó la costa. Por la suma de diez mil y docienas barras de plata pertenecientes al rey, se rescataron los de Cartagena de Indias á donde se presentó en seguida el inglés aventurero. De aquí pasó á la Habana, donde no pudo hacer desembarco alguno por hallarse preparado á recibirle su gobernador don Pedro Fernandez de Quincoces. Pasó despues á la Florida donde saqueó el pueblo de San Juan. Tambien hizo botin considerable en las costas de la Jamaica, y sin proceder á mas operaciones se restituyó á Inglaterra cargado de despojos en buques, dinero, efectos preciosos y material de guerra, ascendiendo á dociientos el número de cañones de todos calibres.

A mediados de 1587, volvió á salir sir Francisco Drake, pues la reina le habia elevado á la dignidad de caballero, con seis galeones y diez y nueve buques de mediano porte. Se dirigió á la bahía de Cádiz donde puso

fuego á veinte y seis buques españoles que debian hacer parte de la armada que á la sazón preparaba Felipe contra la Inglaterra. Amenazó Drake con un desembarco la ciudad, mas Juan de Vega su gobernador mandó cerrar las puertas, alzar los puentes, la guarnicion sobre las armas, preparándose á la mas rigurosa resistencia. Tuvo medios el gobernador de avisar al duque de Medinasidonia, residente entonces en Sanlúcar, quien habiendo armado sus vasallos dispuso un cuerpo de cuatrocientos hombres de á caballo y otro de mil de infantería que se pusieron inmediatamente en marcha para impedir el desembarco de los enemigos. No se atrevió Drake á pasar adelante en vista de tales preparativos, y tomó la vuelta de Inglaterra sin otro suceso de importancia.

Debian estas agresiones aumentar la grande irritacion que otras anteriores habian ya causado al rey de España. Otro grande acontecimiento se estaba preparando en Inglaterra que iba á tener resultados mas terribles.

Hacia mas de catorce años que se hallaba la reina de Escocia cautiva de otra reina de quien no habia nacido súbdita. De simple detenida, habia crecido poco á poco el rigor de su confinamiento hasta el punto de verse encerrada en una fortaleza. Cómo Isabel se atrevió á tanto, cómo no reclamaron eficazmente contra esta violacion atroz del derecho de gentes, los príncipes de Europa unidos con Maria Estuarda por vínculos estrechos, no se concibe fácilmente. En Francia dominaban los Guisas, hijos de un hermano de su madre: el rey de España, aunque no pariente suyo, debia considerarla como el adalid del poco catolicismo que restaba en los dos reinos. ¿Cómo permanecia cautiva Maria Estuarda? Repetimos que no sabemos explicarlo, mas que es un hecho que presencié con asombro la Europa de aquel tiempo. Si Isabel era enemiga de Maria por sentimiento de rivalidad por el temor que le inspiraba su persona, ora cautiva en su poder, ora puesta en libertad con medios de buscar el asilo que mejor le acomodase, la enemistad de la de Escocia á la de



Inglaterra debia de ser mas viva, mas sañuda, mas acompañada del deseo de venganza, en razon de que era la agraviada y víctima de tan indigno tratamiento. Como estos sentimientos no podian menos de ser publicos ó de pasar por tales aunque realmente no existiesen, se veia la reina de Escocia, con voluntad ó sin ella, resorte y alma de cuantas tramas contra su rival se urdian. Eran muy temibles los enemigos de Isabel, pues aunque la mayoría del pais estaba á favor de la reina por espíritu de secta y de nacion, habia muchos católicos ardientes que por sus propios sentimientos ó por instigaciones ajenas se hallaban en conspiracion permanente contra ella. Habia sido solemnemente excomulgada por el Papa la reina de Inglaterra, y en aquellos tiempos de supersticion y fanatismo equivalia este acto á una sentencia de exterminio. Santificaba la religion semejantes manifestaciones, y no habia medio alguno de realizarlos que dejase de ser altamente meritorio. Con los hereges no debia guardarse consideracion ni miramiento de ninguna clase: con tal que se purgase la tierra de los enemigos de Dios y de los hombres todo era permitido; tales eran las ideas y opiniones de aquella época de intolerancia religiosa. No olvidemos que las horribles matanzas de San Bartolomé fueron altamente aplaudidas por los que de católicos celosos se preciaban, que el Padre Santo les dió en Roma una sancion solemne hasta mandar que en la capilla Sixtina la celebrase y eternizase la pintura.

No ignoraba la reina Isabel todas estas disposiciones de los ánimos. Al paso que la esclavitud de la reina de Escocia halagaba su orgullo y la ponian al abrigo de muchas inquietudes, era por otra parte un grande embarazo para ella, uno de los cuidados mas grandes que sin cesar la atormentaban. Varias conspiraciones se habian descubierto, si no de un plan de asesinarla, al menos de trastornar el pais en favor de su competidora. Se habian encontrado entre los papeles de algunos que por sospechas habian sido encarcelados, hasta planos de diversos puertos de

mar de Inglaterra con la altura del agua en cada uno, y asimismo los nombres de los principales católicos de aquel reino. Que se proyectaba algun desembarco en el pais, aparecia sino claro y evidente, al menos muy posible y hasta muy probable. Algunos años antes habia tenido lugar uno en Irlanda, por unos ochocientos hombres españoles é italianos aventureros que daban indicios de obrar á nombre del Pontífice, y aunque aquella invasion produjo malos resultados, no era extraño se intentasen otras en Inglaterra. Habia en el pais muchos agentes de los Guisas, del Papa, de Felipe II, espiando á todos momentos ocasiones de hacer daño. No es extraño que la reina Isabel, sabedora de todos estos planes, se irritase á su vez, é hiciese caer el peso de su indignacion sobre los sospechosos y mucho mas sobre los que por indicios claros aparecian en ellos complicados. No era pequeña la parte que de estos rigores alcanzaba á la desgraciada María Estuarda. Cada vez se la trataba con menos miramiento, y se estrechaba los límites de la poca libertad de que en su encierro disfrutaba. Así crecian los resentimientos mútuos, y caminaba la contienda á un punto en que no podia menos de teñirse en sangre.

No presentaban, pues, en aquella época las cosas un semblante muy risueño para la reina de Inglaterra. En los Países-Bajos llevaba Felipe II lo mejor, con las victorias del príncipe de Parma. El rey Enrique III de Francia, que se mostraba amigo de Isabel, se veia casi despojado de su autoridad por la influencia y prestigio de la santa liga á cuyo frente se hallaban los Guisas, que se podian considerar como los verdaderos soberanos. Influa mas que nunca el rey de España en los consejos de aquel pais, y en estrecha comunicacion con el duque de Guisa, no escaseaba ni la advertencia ni el dinero que podian contribuir á la ejecucion de sus designios. Por todas partes se anunciaba una tempestad contra la reina herética de Inglaterra.

Ya sabemos como ésta se decidió entonces de un